

hermosos brillantes en el cuello y pecho, rica diadema de diamantes de la cual se desprendía, hacia atrás, un hermoso penacho de plumas carmesíes.

Damas de palacio y damas de honor, todas con vestido escotado, banda de San Carlos, condecoraciones y alhajas, y además, las primeras llevaban la cifra de la Emperatriz.

Una banda de música.

Destacamento de infantería.

En la columna de honor se contaban cuerpos de las legiones extranjeras, tales eran:

Legión austriaca, infantería. El traje de los soldados era: pantalón rojo, polaina blanca, blusa azul ceñida á la cintura por una cinta de charol, gorra con una pluma de ave.

Legión belga. Pantalón y levita verde, sombrero apilonado sin falda, con chorro de pluma negra.

Ulanos, caballería. Pantalón con bota fuerte, dormán con alamares, polonesa.

Húgaros, Blusa y pantalón azul, bota fuerte y sombrero de fieltro.

* * *

En 1866, Maximiliano regresó de Cuernavaca para asistir el 31 de Mayo á la festividad del Corpus. No existiendo ya la vela que antes se colocaba en las calles que recorría la

premiar el mérito femenino y los actos de caridad, de abnegación y desprendimiento. Componíase de dos clases: Gran Cruz y Pequeña Cruz. La cruz era de esmalte y de forma latina; en el anverso decía: *Humilitas*, divisa de San Carlos Borromeo, y en el reverso: *San Carlos*, y se hallaba incrustada en otra cruz de esmalte blanco, con sus extremidades terminadas en florón. La Gran Cruz pendía de una gran cinta de seda carmesí, de 68 milímetros de ancho, que se cruzaba sobre el pecho, pasando del hombro derecho al costado izquierdo. La Pequeña Cruz, se llevaba sobre el hombro izquierdo, pendiente de una cinta igualmente carmesí y dispuesta en forma de nudo.



procesión, dispuso que la misa fuese celebrada con toda pompa en la capilla de Palacio y que aquélla tuviese efecto en los corredores altos del mismo edificio, los que en tal virtud fueron adornados con grandes cuadros, maceas de hermosas plantas, arcos, festones y coronas de oloroso clavó y de hermosas flores. Tanto por esta causa como por la ausencia del Arzobispo, que se hallaba en Toluca, la solemnidad pública no fué tan pomposa como en años anteriores. En Palacio tuvo efecto la procesión de la Corte con el aparato prescrito por el ceremonial, en tanto que la pública se verificó limitándose la carrera, por la falta de la vela, á las calles de Tacuba, San José el Real y Plateros, quedando organizada la procesión de la manera siguiente: Escuelas, Cofradías, Educandas de las Hermanas de la Caridad, vestidas de blanco y llevando sus estandartes, las hijas de San Vicente de Paul, Comunidades religiosas, Parroquias, Clerecía, Cabildo eclesiástico. EL SANTÍSIMO SACRAMENTO bajo de palio, el Ayuntamiento, el Prefecto político y el Comandante de la Plaza de Maussion con su Estado Mayor, la estufa de gala del Sagrario y una pequeña escolta en que figuraban destacamentos franceses, austriacos y belgas. Formó la valla tropa mexicana.

Esta fué la última procesión con que se celebró en México la solemne festividad del Corpus, pues en el año siguiente, 1867, coincidió con el último día del asedio de la Capital, llevado á cabo por el ejército que mandaba el General Díaz, sitio que comenzó el 16 de Abril y terminó con la rendición de la Plaza el viernes 21 de Junio.

Al describir la antigua solemnidad del Corpus, sólo me ha guiado el deseo de consignar algunos hechos que he presenciado y ciertas costumbres que han desaparecido, sin alterar para nada la verdad histórica.

VII

EL DIA DE SAN JUAN.

CELEBRÁBASE antiguamente el día dedicado al precursor de Jesucristo con extraordinaria concurrencia á los baños públicos y con la tradicional recreación de los niños, que consistía en adornarse con los arreos militares. Dichas costumbres aún subsisten, en parte, mas antes de proceder á la descripción de tal fiesta conviene hacer algunas explicaciones, por las que vendrás en conocimiento, carísimo lector, del vehemente deseo que me anima para instruirte en todo lo que te conviene saber.

He manifestádote anteriormente que, á causa de mi afición á inocentes correrías, durante algunas horas que de vez en cuando, defraudaba á mis obligaciones escolares, diéronme en mi casa una soberbia tunda, y ahora te advierto que á no ser por *mis pintadas de venado*, aunque fueron pocas, no podría hoy disfrutar de la satisfacción de revelarte hechos olvidados que, por haber pasado al dominio de la historia, son verdaderamente curiosos é interesantes. Bien supe aprovechar esos mis paseos clandestinos, metiéndome en los asilos de la austeridad, llamados conventos, en el asilo de la política, dicho sea el Palacio Nacional, ó en el asilo de la historia y arqueología, ó sea el museo; pero en cierta ocasión me desvié del camino de esos lugares, y tomé instintivamente el del baño de la Polilla, que no pudo á tan mal lugar llevarme mi mal deseo. Imperdonable era en mí el abandono de la escuela francesa mixta que dirigían Mr. y Mme. Jen en la calle de Zuleta, pues has de saber, amabilísimo lector, que en ella un enjambre de galanas mariposillas, pertenecientes á la flor y nata de la sociedad (antes no se decía *crème*) atraía como el imán al acero, y, sin embargo, las gracias angelicales de aquellas niñas no tuvieron poder bastante, en tal ocasión, para contener mis tendencias excursio-

nistas, y en eso estriba el pecado, por el que se me castigó, con encierro en un calabozo, sin otros alimentos que pan y agua. Ya ves, lector querido, que todo lo que te cuento ha costádome algunos sinsabores en la vida. Es verdad que esa vez tuve miedo á una lección mal aprendida de la gramática de Becherell, falta que se castigaba con algunos reglazos de plano en las espaldas y en las pantorrillas, ó con buenos estirones de orejas las que adquirirían entonces el aspecto y el color encendido de un tomate, ó con algunas retorcidas de cabello, que hacían ver á medio día las Siete Cabrillas.

Para que me juzgues menos mal dígate que, fuera de algunas *pintadas de venado*, de ciertas lecciones mal aprendidas y de no pocas florecillas que solía dirigir á las del enjambre, yo nada hacía, en verdad, que mereciese castigos semejantes.

* * *

En mi correría por la ciudad, cierta tarde, halléme sin determinada intención, en la fea calle de la Polilla en la que ya habían desaparecido la plazuela y dos callejones que la ligaban con la del Puente Quebrado, callejones que limitaban, además, una pequeña manzana en la que se hallaba establecida, por la parte del Sur, una pulquería de las antiguas de jacalón, de las que oportunamente te hablé, y por la del Norte una finca de mala muerte que ocupó el teatrillo miserable de la Unión, conocido igualmente por el Pambazo, nombre prosaico que tan bien cuadraba con la fealdad del pequenísimo edificio de madera y planta rectangular. Vease el plano de la pág. 362—Calle, plazuela y baño de La Polilla.

Al pasar por la puerta de una casa de baños, que quedaba enfrente, es decir en la acera que mira al Norte, y ya cerca de la esquina

de San Juan, ví dos ó tres hombres de calzón blanco arremangado hasta los muslos, que sin cesar cruzaban el patio con dos cubos en las manos, cogidos de sus azas.

El movimiento continuo de esos hombres picó mi curiosidad y sin pedir venia al portera, si es que lo había, me colé en el interior del edificio. Lo primero que observé fué una pieza, que según el letrado que mostraba sobre el dintel de su puerta era el "Despacho," y después una serie de cuartuchos que tenían los pomposos nombres de placeres, otras construcciones irregulares que limitaban el patio, y algo retirado, un horno en el que ardía mucha leña que calentaba el agua de una caldera que sobre aquél se hallaba.

Ya era tarde, y como no podía dejar de presentarme en mi casa, á la hora conveniente, sin correr el riesgo de descubrir mi falta de aquel día, emprendí la retirada, abrigando el propósito de aprovechar en otras ocasiones los ratos de ocio que me proporcionaban principalmente las tardes libres de los sábados, para observar otros baños populares de gran renombre, y que podían dejar completamente satisfecha mi ya excitada curiosidad.

La gente decente que, contra la regla general, tomaba baños fuera de casa, acudía como hoy, á buenos y aseados establecimientos como los de Vergara, Coliseo, Amor de Dios, Misericordia, Betlemitas, Jesús, Rebeldes, Correo Mayor, Cuajomulco, y el de Murguía en el Puente Quebrado, el cual había reemplazado al famoso teatrillo de la Unión. Los precios de costumbre en tales baños era de 2 á 4 reales. Los frecuentados por la gente del pueblo eran los llamados: Pescaditos, en la calle de Don Toribio; Montón, en la calle del mismo nombre; Cocolos, en el callejón de la Nana; el Prior, en San Fernando; Pajaritos, en el callejón de su nombre; Tepozán, por Santa Ana; la Polilla, en la calle así llamada; Canales, en la de Monserrate, y otros cuyos nombres no puedo recordar. Además, existían muchos establecimientos de lavaderos como el de las Culebritas, hoy baños del Factor.

Los placeres eran unos cuartuchos encalados, que recibían escasa luz por una mísera ventanilla. Un agujero elíptico de una y media vara de eje mayor, practicado en la tierra, revestido de azulejos y con una escalerilla de

tres ó cuatro peldaños para descender al fondo, constituía la tina, la que recibía el agua por un caño practicado en la pared contigua con el receptáculo en forma de embudo, por la parte de afuera. Los *temascaleros*, que tal era el nombre de aquellos individuos de calzón arremangados que vimos en el Baño de la Polilla, acarreaban el indispensable líquido á los placeres, viéndoseles tan pronto ir con los cubos vacíos como venir con ellos llenos de agua caliente, la que vertían en los mencionados receptáculos, diciendo á grito partido para ser oídos de los bañistas: *dos cubos* en el primer viaje, *cuatro cubos* en el segundo y *seis cubos* en el tercero, que eran los que correspondían á medio real, y luego seguían llevando, sin limitación alguna, agua fría ó *voluntaria*, que tal era el nombre que le daban. Cada bañista disponía de un panecillo de jabón con su correspondiente estropajo.

Tales eran los baños de *Placer*, que podemos considerar de lujo, comparados con los que, en los mismos establecimientos, tomaban las mujeres en común, en grandes piezas sucias y de muy escasa luz, en las cuales había hasta una docena de tinajas, generalmente de madera. Llamábanse dichas piezas en algunos baños, *Salas del Temascal*, por tener éste su boca ó entrada en esos mismos departamentos. Aquellos hombres, los de los cubos, tenían el privilegio de penetrar en tales piezas para servir á las bañistas, que pagaban sólo una cuartilla, tanto por el agua caliente como por la fría, no bastando para contener las curiosas miradas de aquéllos, una cortinilla de mala muerte que colgaba al frente de cada tina.

De tales hechos proviene, sin duda alguna, el nombre de *temascaleros*, que en las casas suelen dar á los pequeñuelos cuando los corren de los aposentos de las señoras á que han osado penetrar.

Costumbre sucia, por cierto, era aquella de bañar á uno ó dos niños en el agua que la madre había dejado, á quienes daba ésta buenas estregadas con el estropajo, lo que unido á la aversión que los infantes mostraban por el agua y la picazón que en sus ojos producía la lejía del jabón, determinaba en ellos su amargo lloro y sus horripilantes chillidos, que hondamente lastimaban los oídos de las personas que en la misma pieza se bañaban, siendo á

veces tan agudos aquellos gritos, que podían ser escuchados por los que andaban en la calle.

Para que nada faltase á esos antros, cuyo tipo estoy bosquejando, que los hiciese semejantes á las cuevas del infierno, la escasa luz que penetraba por unos altos agujeros llamados ventanas, se veía en lucha abierta con el vapor muy denso y cargado de humores, que pugnaba por salir para buscar su natural y libre campo de expansión.

El *temazcalli* usado para el baño de vapor desde la época de los antiguos mexicanos, era una construcción de forma esférica, de piedra ó de ladrillo, como los grandes hornos de pan. Por la parte posterior existía un hornillo en el que ardía mucha leña que caldeaba unas piedras porosas, generalmente basálticas, las cuales tapaban el agujero que lo comunicaba con el *temazcalli*. Barríase el suelo de éste y en él se extendía una estera ó petate, en el que se acostaba el paciente desnudo, quien encogiéndose cuanto era posible, había podido entrar por aquella estrecha abertura, que después quedaba tapada. El mismo, ó la persona que lo acompañaba, rociaba con agua por medio de un hisopo formado previamente de hierbas ú hojas de maíz las piedras calentadas, para determinar el rápido desprendimiento del vapor, y con el fin de excitar la piel, azotábasele previamente con las mismas hojas del maíz. Después de haber sudado lo bastante, salía aquél del *temazcalli* y echábase á reposar sobre otra estera que en un soto-banco había. Otras veces el paciente, al terminar su baño de vapor y ya fuera, se sumergía en el agua de una tina que se hallaba cerca. Todos estos pormenores dan á los susodichos baños mucha semejanza con los modernos llamados rusos.

Empleábanse aquéllos como remedio eficaz para reumatismos y enfermedades cutáneas, siendo su uso muy general entre las indias y mujeres del pueblo después del parto. En México eran éstas conducidas, bien cubiertas y sentadas en una silla que llevaba á las espaldas un mozo de cordel, ó bien sostenida con un ayate de grueso tejido. La traída de la paciente al establecimiento, su baño y el transporte á su casa, costaba 7 y medio reales.

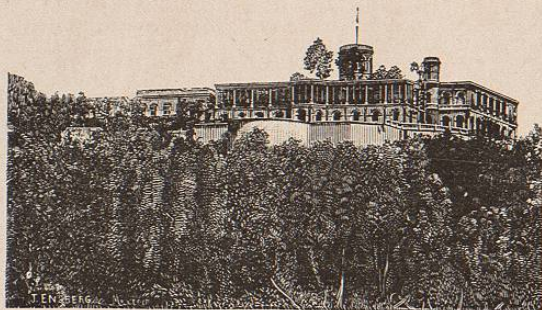
El uso del *temazcalli* es aún muy general en los pueblos de indios, y tiénenlo estable-

cido principalmente en las orillas de los ríos ó acequias. En la misma Capital no ha desaparecido del todo.

No escaseaban en aquellos tiempos los baños de agua fría, contándose entre los principales los del Jordán, el Sol y las Delicias, situados los dos primeros en la calle de Belén, y el tercero en la de su nombre. El de la Alberca de Chapultepec era, con justa razón, el más afamado á causa de la abundancia, limpieza y transparencia de sus aguas y de la amenidad y hermosura del lugar, muy interesante también, por sus curiosas tradiciones, según las cuales, en tiempo de Ahuixotl, los indios arrojaron en las albercas idolillos y alhajas, y las indias sus zarcillos y collares para aplacar la cólera de uno de sus dioses tutelares que tenía afligida á la ciudad con una tremenda inundación. Más fabuloso es aún el relato acerca de la inmersión de la célebre Malintzi en las cristalinas aguas de la alberca conocida con el nombre de Motecuhzoma, para no aparecer más, fábula á que, sin duda, dió margen la falta de noticias acerca de la muerte de la intérprete sagaz de Cortés.

La alberca de los baños, hoy agotada, era en otros tiempos un rico é inagotable manantial que hacía casi rebosar el estanque que aprisionaba sus transparentes aguas y al que acudían los buenos nadadores para hacer gala de su destreza, arrojándose desde los altos pretiles para perseguir y atrapar en su trayecto por el voluminoso y transparente líquido, una monedilla de plata, de propósito arrojada, ó bien para recostarse en el corredor interior formado de troncos de árbol en las paredes rectangulares del estanque, hacia su parte media, y en aquella posición permanecer, por algún rato, para demostrar que sabían detener el aliento, por largo tiempo, como los mejores buzos. Otros se despreñían del susodicho corredor para descender, no sin dificultad, al fondo, y los muchachos entretenían á los mirones que asomaban por los pretiles de la alberca, con sus graciosas travesuras en el agua, la que tenía el color y transparencia de una pálida esmeralda.

A un lado de la Alberca se hallaba el establecimiento de los baños para las familias, el cual consistía en una serie de pequeños departamentos á los que daba entrada un amplio

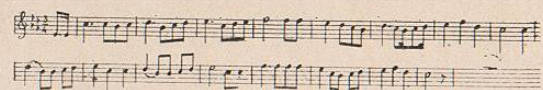


CHAPULTEPEC.

corredor adornado de pinturas al estilo pompeyano y cuyo frente daba á la calzada que de Chapultepec conduce á Tacubaya.

* * *

El día de San Juan se distinguía de los demás por el gran movimiento que se observaba en la población. Desde los instantes en que se dejaba oír en las torres de los templos el toque del alba, los que se dirigían á los baños recorrían las calles, ufanos y contentos, cantando muchos versos como los siguientes, ó sean las festivas mañanitas:



Amapolita morada
De los campos de Tepic
Si no estás enamorada
Enamórate de mí.
Despierta divina aurora
Mira que ya amaneció;
Que amanece, que amanece,
Rosita de Jericó.

Ya cantan los pajaritos,
Ya la luna se metió,
Abre mi alma tus hojitos
Mira que ya amaneció.
¡Ay sí! ¡Ay no!
Por tus hojitos
Me muerdo yo.

Unos tomaban el camino de Chapultepec en carretelas, *guayines* y ómnibus, (*) y otros

(*) No existían aún en el Distrito en los primeros siete años de la Década de 1850 á 1860 vías ferreas. El

tomaban la dirección de los diferentes baños de la ciudad, los que se hallaban muy barridos y regados, puestos de gala con enramadas de sauces en los patios, puertas y ventanas, y luciendo por todas partes ramilletes y festones, banderolas tricolores y los llamados impropriadamente arcos, que no eran otra cosa que unas cuerdas tendidas á lo alto, y de largo á largo, con sus colgajos muy enflorados, ora de tule, mitad verde, mitad blanco, ora de pañuelos de seda doblados diagonalmente, como era de uso común para las procesiones.

La animación que reinaba en todos los establecimientos balnearios, particularmente por la mañana era extraordinaria, y daban creces á la alegría general los bulliciosos acordes de las músicas de cuerda. Ponían de manifiesto ese contento, la algazara que armaban los bañistas en los estanques, los chasquidos que el agua producía cada vez que uno de aquéllos se zabullía y los gritos que partían del interior de los cuartos, denunciando, á los de afuera, á mujeres y niños, que en ellos se bañaban, quienes lanzaban esos gritos, impresionados, á veces, por la baja temperatura del agua.

Costumbre era en todos los baños y á gala se tenía, la de obsequiar á los concurrentes con fruta, jabones y estropajos. En algunos establecimientos dábase aquélla en cazuelitas de barro, pero en los más se enviaban las peritas de San Juan y los capulines juntamente con el agua que servían los temascaleros vertiéndola, como se ha dicho, en los caños de los placeres. Regalábanse los jabones, con labores ó sin ellas, dorados y plateados, con sus salpiques de motillas de sedas de colores, así como los estropajos, teñidos de rojo, verde ó amarillo y en la forma de jarras, de canastillas y de otros objetos.

En la tarde seguía la frasca, así como en los días subsecuentes, aunque menos animada, y no cesaba sino el día de San Pedro.

tramo de México á Veracruz no quedó terminado sino hasta el 4 de Julio de 1857, y el de México á Tacubaya fué inaugurado el 16 de Septiembre del mismo año, el cual comenzó á correr del Empedradillo, por tracción animal y hasta el 25 de Octubre de 1859 fué ésta substituida por la de vapor y los trenes partían de la Estación del Paseo Nuevo.

* * *

Los muchachos celebraban, como ahora, el día de San Juan vistiéndose de soldados, no existiendo en tal costumbre más diferencias notables que el de haber desaparecido en ella el carácter bélico que la distinguía, y en ser hoy relativamente corto el número de niños que la siguen.

En el expresado día el andén del Portal de Mercaderes, como antes las dos calles que formaban el mismo portal y el Palacio del Ayuntamiento con el edificio antiguo del Parián, destruido en 1843 de orden del Presidente Santa-Anna, veíase cubierto de mesas y puestos en que se expendían toda clase de armas y arreos militares: sombreros montados con pluma ó fafalaises de papel, chacós con chorrros, chilillos ó pompones, kepis, morriones y gorras de cuartel; casaquillas, charreteras y caponas de estambre; fornituras, sables, espadas de metal ó de madera revestida de papel estañado, fusiles de hojadelata, cañoncitos y lanzas con banderola; tambores, pitos y cornetas; barbas y bigotes postizos, banderas tricolores, y para que nada faltase, vendíanse unos carrizos en uno de cuyos extremos tenían encajado un caballito de badana y zacate, y eran en los que cabalgaban los chichelos, arrastrando en la tierra el cabo opuesto al en que estaba ensartado el cuadrúpedo de cuero.

Poco escrupulosos eran algunos padres de familia para gastar, por una vana ostentación, doscientos y más pesos en lujosos vestidos militares para sus hijos.

Aprovecho la oportunidad que me ofrece el presente artículo para consignar un hecho que tuvo efecto en la hermosa ciudad angelopolitana, pocos años después de la terminación del Imperio de Maximiliano. El General Don José María González de Mendoza, que mucho figuró en la Política del país, adunaba á un claro talento una imaginación viva que algunas veces le hacían concebir ideas muy originales y excéntricas. La que ahora me viene á la memoria, es relativa á una cláusula de su testamento, en la que ordenó la imposición de un capital, destinando los réditos á la compra de vestidos y arreos militares, para distribuirlos el día de San Juan entre los niños pobres de la ciudad.

En la tarde, y en todos los barrios de México, hacían los muchachos sus formaciones, sin atender á sus tallas ni á la uniformidad de los trajes, y así marchaban por las calles dirigiéndose al atrio de la Catedral, á las plazuelas y á la Alameda, entreteniéndose en todos estos parajes en hacer ejercicios y simulacros de guerra que muchas veces degeneraban en verdaderas luchas. Organizábanse bandos á imitación de los que realmente dividían á la nación, así es que según las épocas tomaban las denominaciones de federalistas y centralistas, de puros y polkos, de liberales y reaccionarios; de la misma manera que en la época colonial habían adoptado nombres como los de moros y cristianos, españoles y franceses, insurgentes y chaquetas.

Muchas veces los muchachos abandonaban sus armas de juguete y emprendían una lucha abierta á pedradas, de lo que resultaban algunos descalabrados y no poco que hacer á la policía. Mas lo que verdaderamente causaba sobresalto en el vecindario y hacía poner en movimiento numerosas patrullas, eran los pleitos suscitados de barrio á barrio, en los que tomaban participación los valentones, y se hacía uso de las piedras y de las armas cortas, como puñales y tranchetes, en particular. Todas las puertas se cerraban, la gente huía azorada, á todo correr, y las patrullas, las más veces, entraban en acción con sable desenvainado para dar, á poco, la estampida y dejar el campo libre á los contendientes, hasta que fuerzas bastantes llegaban para dominar á éstos y dar fin á la lucha.

Las contiendas eran más encarnizadas cuando acudían á ellas para dirimirlas con el prestigio de su valor ciertos valientes, quienes por haber vencido cada cual á un contrario suyo de otro barrio, eran coronados en las pulquerías ó en otros lugares de este jaez por los valentones de su localidad. Cuando en una lucha flaqueaba un bando, presentábanse los *coronados* de éste para infundirle nuevo ardor y reanimar con su ejemplo la pelea, hasta lograr muchas veces la victoria.

El origen de la antigua costumbre de vestirse los niños de soldados y de sus ejercicios militares, en el día expresado, debe remontarse á la época de los Repartimientos y Encomienas, casi al principio del gobierno colo-

nial, pues tal costumbre no es más que la imitación de las escenas que en tales tiempos se efectuaban. Los encomenderos estaban obligados, según Carta del año de 1532 á la Audiencia de México, á cuidar de la defensa de sus respectivas provincias, á combatir los tu-

multos y sediciones, á tener listas sus armas y á presentarse á los alardes y revistas que debían verificarse en épocas determinadas, y así se practicó por algún tiempo, al cabo del cual aquel ejercicio de los alardes quedó limitado al día de San Juan.



BAÑOS DE CHAPULTEPEC.

VIII

LAS FIESTAS DE LA PATRIA.

EL sentimiento íntimo de amor á la Patria que en su pecho abraza el hombre, jamás se revela con tanta fuerza y energía como en los críticos momentos en que aquella sufre los terribles efectos de una invasión extranjera. Dígalo yo, á quien la injusta guerra americana hizo derramar las puras lágrimas de un niño y la invasión francesa destilar las muy amargas del corazón del joven.

Ese sentimiento digno y grande es el que impera en los fastuosos días que dedica la Nación al aniversario de sus glorias. Unificados los pensamientos de todos sus hijos por un fin tan grande, noble y elevado, dase tregua al dolor y échanse al olvido las rencillas políti-

cas. El entusiasmo alienta en todos los corazones y de tal manera aviva nuestros sentidos que todo aparece ante ellos sobrenatural. Los alegres repiques de las campanas y particularmente los de nuestra hermosa Catedral hieren nuestros oídos como una música celeste, de la misma manera que los conmueven los lejanos estampidos del cañón cual si fuesen los misteriosos retumbos del mar con los que éste revela su grandeza, el sol se presenta á nuestra vista más radiante y esplendoroso, y nuestra bella ciudad engalanada con flores, cortinajes y banderas, transformada en una magnífica mansión de las hadas. ¿Quién no se siente conmovido al presenciar el hermoso espectáculo que ofrece la ciudad en las prime-

ras horas de la noche del 15 de Septiembre? ¿Quién no participa de esa alegría revelada por el inmenso gentío que invade todas las calles, en las que se agita y corre como impetuoso río para desbordarse en la gran Plaza de la Constitución? Allí las bombas estallan en el espacio y arrojan á millares sus luces de Bengala, luces de vivísimos colores que iluminan por momentos todo aquel recinto, dando á la vista el poder de abarcar en su conjunto, aquella masa inmensa del pueblo que no deja más espacios libres que los ocupados por los puestos de los confiteros y fruteros, que desde lejos se distinguen á favor de sus luminarias de ocote. El murmullo que produce la multitud se confunde con las alegres sonatas de una banda de músicos instalados en ese gran kiosco, que se levanta en medio del jardín iluminado por millares de farolillos venecianos; confusión extraña que de vez en cuando es interrumpida por el estampido de un petardo que lanza al aire sus grandes cohetes chisperos y tronadores, que al reventar en las alturas inundan el cielo de lluvias de oro, despiden en todas direcciones rayos de fuego y luces brillantísimas de variados colores. Todo aquel gentío está pendiente del reloj de la Catedral, y ansioso de que llegue el momento en que el Presidente de la República, desde el balcón principal de Palacio, ha de lanzar el famoso grito: ¡VIVA LA INDEPENDENCIA! Momento solemnísimo en que el entusiasmo raya en frenesí.

Los alegres repiques á vuelo de la Catedral y los clamores de la multitud contestan al patriótico vítor del Presidente; las bandas de los cuerpos se reparten por todos los ámbitos de la ciudad tocando alegres dianas, con tambores y cornetas; los vecinos se retiran, según su calidad, á sus palacios, á sus modestas casas ó á los pobres hogares de los barrios, y la gente de fuera á los hoteles y mesones, después de haber permanecido, como muchos de aquéllos, por más ó menos tiempo en los cafés y neverías, y sólo el populacho queda dando quehacer á la policía toda la noche.

Al día siguiente los repiques de todos los templos y los estampidos del cañón saludan la llegada de la aurora. Esa linda mañana se distingue de las demás porque aparece más brillante y puro el Sol, como si tomara parti-

cipación en nuestro contento; por el afán que se advierte en los vecinos para adornar sus casas con cortinajes y festones; por ese ir y venir de los floreros, portadores de guirnaldas y coronas ensartadas en bastones de madera; por el movimiento de los carruajes, que ruedan velozmente para ir á situarse en conveniente lugar de alguna bocacalle, desde donde puedan ver sin obstáculo los que en ellos van el desfile de las tropas; por la presencia en las calles de las bellas mexicanas, muy bien ataviadas como saben hacerlo, que se dirigen á las casas situadas en la línea de la carrera, y van á ser la principal gala y ornato de los balcones, y, en fin, por la animación general que reina en el pueblo, que corre y vuela para colocarse en las aceras, detrás de la valla de los soldados, y acaba por formar en éstas, barreras impenetrables.

Para hacer resaltar las diferencias que ha establecido el tiempo sobre la manera de celebrar nuestra independencia, conviene retroceder á la época á que se refieren las narraciones de este libro.

La función de la noche de ese día celebrábase antes en el Gran Teatro Nacional, cuya compostura, así como el arreglo de aquella, estaban á cargo de la antigua Junta Patriótica. Adornábase el pórtico y el salón del Teatro con banderolas y festones; hermosas arañas de cristal pendían del techo y el foro se convertía en otro salón de menores dimensiones, cerrado por grandes cortinajes, lienzos decorativos y espejos, en los que se reflejaban las plantas y los ramos de flores que constituían el más precioso adorno. Al frente se colocaban, bajo un dosel de terciopelo, los asientos de honor destinados al Presidente y á sus Ministros; á la izquierda se ordenaba la orquesta, y á la derecha asientos para ciertos invitados, así como para algunos poetas y cantantes. Los alegres acordes del Himno Nacional saludaban la llegada del Presidente que se dirigía á su asiento atravesando el salón por en medio de la concurrencia puesta en pie, y la función comenzaba. Reduciase ésta á la lectura del discurso oficial y de la Acta de la Independencia, á la recitación de composiciones poéticas que alternaban con hermosas piezas musicales ejecutadas por la grande orquesta y los artistas de la Opera. En